

# *Las tres bodas de Manolita:* Almudena Grandes y las vidas simuladas

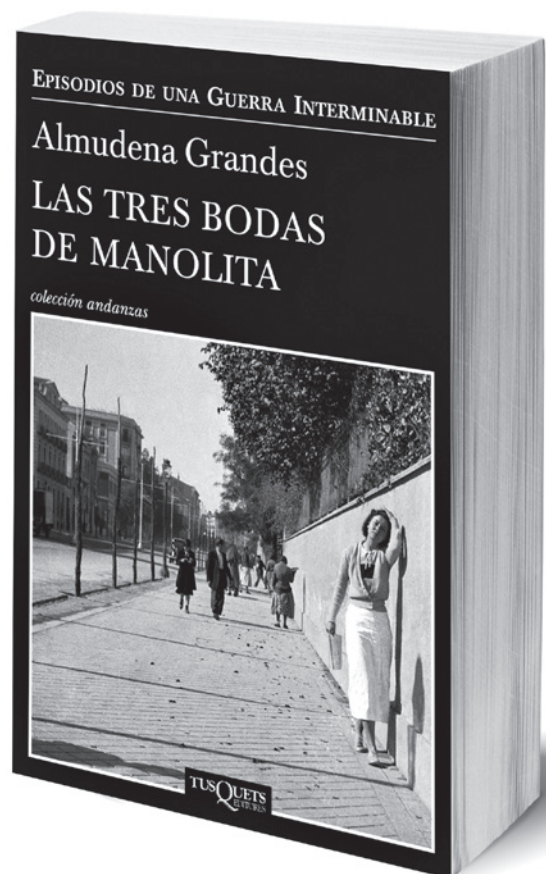
Moisés Elías Fuentes

DESDE HACE AÑOS, ALMUDENA GRANDES se ha ubicado como la mejor escritora española contemporánea, autora de una obra literaria que ha superado, y por mucho, las aspiraciones creativas de la mayor parte de sus compañeros de generación. Dueña de una singular sensibilidad para revelar la poética de lo cotidiano, Grandes ha pulido dicha sensibilidad lo mismo en la narrativa que en el ensayo y el artículo periodístico, ofreciéndonos páginas memorables tanto por la familiaridad del discurso cuanto por su acento, que sin exaltaciones alcanza un lirismo a un tiempo suave y brioso.

Natural de Madrid, ciudad en la que nació el siete de mayo de 1960, desde su juventud de aspirante a escritora el tema caro a la narrativa de Almudena Grandes fue y es la historia reciente de España, que ha abordado a partir de distintos puntos de vista y de distintas voces, con un estilo desenvuelto y lleno de vitalidad en el que se reconocen las huellas de Leopoldo Alas “Clarín”, Emilia Pardo Bazán y ante todo Benito Pérez Galdós, de quien aprendió cómo reflejar los grandes hechos de la historia española desde la micro historia.

Pero si Grandes es lectora acuciosa de los grandes maestros del realismo español, no menos lo es de los narradores hispanoamericanos del siglo xx, lo mismo quienes labraron lo real maravilloso que quienes siguieron el realismo mágico, lo mismo los novelistas del *boom* que los “cazadores solitarios”. De hecho, en sus mejores momentos Grandes ha sabido equilibrar la influencia del discurso real maravilloso de Alejo Carpentier con la del realismo galdosiano, así como la del desbordamiento narrativo de García Márquez con la elegante parquedad de Juan Goytisolo.

Influencias equilibradas con oficio y gracia, que enriquecen la fluencia de un discurso cadencioso, de descripciones puntuales pero no farragosas, hecho de diálogos tan dúctiles como agudos y de una narración polifónica en la que por igual se escucha la tercera persona que la primera, el narrador omnisciente que el testigo.



*Las tres bodas de Manolita*  
Almudena Grandes  
Barcelona, Tusquets, 2014, 766 pp.

Y es debido al equilibrio tenso y frágil con que sostiene este andamiaje de influencias y recursos, que Almudena Grandes ha emprendido, hasta ahora con buena estrella, *Episodios de una guerra interminable*, serie compuesta por seis novelas, en las que la madrileña revisa las intimidades de la vida cotidiana durante la dictadura de Francisco Franco.

Apunté las intimidades de la vida cotidiana y lo reitero, porque en *Episodios de una guerra interminable* los marcos históricos funcionan como referentes para ubicar en contextos definidos a los hombres y mujeres que, las más de las veces desde el anonimato, sobrevivieron a la dictadura fascista impuesta por el Generalísimo, con la que discreparon, teniendo casi siempre por única arma el silencio.

Tercera entrega de la serie, en *Las tres bodas de Manolita* Almudena Grandes retoma el planteamiento de la adolescente que se entrega en cuerpo y alma a un proceso de aprendizaje, a pesar de que dicho proceso la arroja a una espiral de sufrimiento emocional y físico que llega, en sus momentos más álgidos, al refinamiento de crueldad. Este modelo femenino, que sale de la aparente seguridad familiar para enfrentarse al caos y la soledad de la vida exterior, ha sido caro a la narrativa de Grandes, quien lo abordó desde su primera novela, *Las edades de Lulú*, y lo desarrolló en otros títulos, como *Malena es un nombre de tango* y *Atlas de geografía humana*.

Como en su antecesora, *El lector de Julio Verne*, en *Las tres bodas de Manolita* predomina el narrador en primera persona que ve sobrepasada su historia íntima por la Historia en mayúsculas. La microhistoria es la de una muchacha huérfana de madre, apabullada por las responsabilidades que le imponen su padre y su hermano y por la mal llevada relación con la madrastra que no puede, o no quiere, desatarse de su pasado como sirvienta de una familia oligarca. La macrohistoria es la que indica la acotación que acompaña al título: El cura de Porlier, el Patronato de Redención de Penas y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo, Madrid, 1940-1950.

Es en esa etapa histórica, dominada por la dictadura franquista, que Grandes sitúa la historia de Manolita, adolescente que ha de batallar, sin preparación alguna, en dos frentes de

guerra igual de feroces y trapaceros: el del predominio machista y el de la resistencia contra el Caudillo de España y de la Cruzada. La presentación que hace Manolita de su persona y el cambio radical que experimenta su vida es una pequeña joya de concisión y precisión descriptiva:

En los buenos tiempos, las jovencitas se casan por amor. En los malos, muchas lo hacen por interés. Yo me casé con un preso en los peores, por dos multicopistas que nadie sabía poner en marcha. Tenía dieciocho años, y hasta que a mi hermano se le ocurrió complicarme la vida, ni siquiera sabía que existieran máquinas con ese nombre.

En un solo párrafo, Grandes define el perfil de la historia y devela las contradicciones emocionales de esa muchacha que se siente rebasada por el carisma de su padre y su hermano, a más de desnivelada por la atracción y el miedo que le producen los hombres. Incompetente para las labores de clandestinidad y sobrepasada por sus confusiones sentimentales, Manolita ha de realizar, sin embargo, una misión a la que ningún hombre se atreve, y la ha de realizar bajo su cuenta y riesgo.

Si en *Inés y la alegría*, primera novela de la serie, la protagonista es una militante consciente de su compromiso para con la resistencia, aunque en conflicto con sus sentimientos, y en *El lector de Julio Verne* el personaje central es un hombre que revisa de manera retrospectiva su entrada a la resistencia anti franquista en sus años preadolescentes, en *Las tres bodas de Manolita* la joven heroína es una muchacha del común, una adolescente tan temerosa de la entrada a la clandestinidad como de la vida misma. Sus primeras reacciones ante la inminencia de su participación en ese otro mundo, que ha visto siempre desde lejos, es la de una niña envejecida prematuramente:

El Orejas no había tenido que abandonar a los catorce años un trabajo que le gustaba para hacerse cargo él solo de los trabajos de los demás. Todo eso le había pasado a la tonta de Manolita, al Orejas no.

En mi casa, la guerra le había sentado estupendamente a todo el mundo menos a mí.

A partir de este pasaje Manolita experimenta su ineludible desdoblamiento, además de la paradójica comprobación de que todos los que le rodean se han desdoblado, ya de modo sutil, ya violento. Franco y la Falange aplastaron a la República y han repuesto el viejo orden clasista y cerrado de la monarquía borbónica. Los republicanos que no se exiliaron mueren en las cárceles por fusilamiento o por enfermedad. Ante esta sociedad de simuladores y turiferarios sólo unos cuantos se rebelan, pero su rebelión es solitaria, más productiva de la venganza individual que de la revolución colectiva. Tal el caso de Francisco Román, la Palmera, rechazado por su familia debido a su homosexualidad:

—No voy a acostarme con ninguna, Berna —y mantuvo la cabeza alta al decirlo—. A mí no me gustan las mujeres.

Su hermano mayor lo tiró al suelo de una hostia y no volvió a dirigirle la palabra hasta el día del entierro de su madre, cuando le echó de la casa igual que a un perro.

—Ten —antes le ofreció trescientas pesetas, y las movió en el aire al ver que no se decidía a cogerlas—. Vete lejos, y no nos avergüences más.

Ambientada en la España anquilosada de la década de 1940, sorprende por lo demás la habilidad técnica de Grandes para contraponer en *Episodios de una guerra interminable* dos narrativas: la cerrada e intolerante de la dictadura y la sublevada y contestataria de la resistencia clandestina. Y tal actitud contestataria, como en las dos primeras entregas, en *Las tres bodas de Manolita* se subraya mediante el humor, que es irónico, punzante, con situaciones y personajes que evocan el realismo crudo de la picaresca. Pero también la novela se permite un humor generoso, libre de mordacidades; humor alegre que, por lo demás, funciona como forma sutil de rebelión al hieratismo ampuloso y estéril de Franco y sus partidarios. Humor que es rebeldía porque está vivo y es inquieto y creativo.

Creativo, sí, porque la creatividad es la forma más sólida de la rebeldía ante la dictadura. Las recetas de cocina descritas en *Inés y la alegría* son tan subversivas como las células de

resistencia; los libros de aventuras que arroban a Nino en *El lector de Julio Verne* resultan tan peligrosos al régimen como la persistencia de la guerrilla. En *Las tres bodas de Manolita* la creatividad emerge de los cabarets, de los tablaos y el teatro de revista. Emerge, en fin, de un microcosmos de disfraces y simulaciones, de burlas y dobles sentidos.

Trizada la realidad por la intolerancia falangista, los fragmentos dispersos crean realidades múltiples que se niegan unas a otras. El régimen impone una normalidad ataráxica, mientras la vida diaria impone una normalidad angustiada, temerosa de todo y de nada. La jerarquía católica ejecuta penas tan lentas como crueles mientras que los insurrectos clandestinos se embozan en la duplicidad.

Es el mundo de la ficción trasladado al mundo de la realidad real. Con sensibilidad y virtuosismo técnico, Grandes combina y entrelaza estas realidades fragmentarias, otorgando a la historia una particular tensión dramática, sustentada en el aserto de que se trata de realidades pretendidas, simuladas, porque en los mundos asfixiados por la represión y la intransigencia ninguna realidad puede realizarse a plenitud:

La cárcel era un lugar tan raro, con todos aquellos hombres encerrados, aquellas mujeres aplastadas contra una verja, los funcionarios caminando entre ellos por un pasillo, que lo que sucedía en su interior producía un efecto de irrealidad que sobrevivía a los juicios, a las sentencias, a las ejecuciones. Quizá esa sensación, la remota serenidad de estar viviendo en una pesadilla que terminaría en cualquier momento, era una simple consecuencia de nuestro instinto de supervivencia.

Más que en sus novelas hermanas, en *Las tres bodas de Manolita* se acentúan los extravíos y desasosiegos de la vida ahogada por la simulación, la vida que degenera en farsa, donde amar y anhelar y pensar devienen en delitos que se persiguen y se castigan sin miramientos. Y es ahí donde la imaginación entra en juego, como único refugio y alivio para esas vidas encarceladas y falseadas por el rencor y la cobardía de los vencedores. ■■■